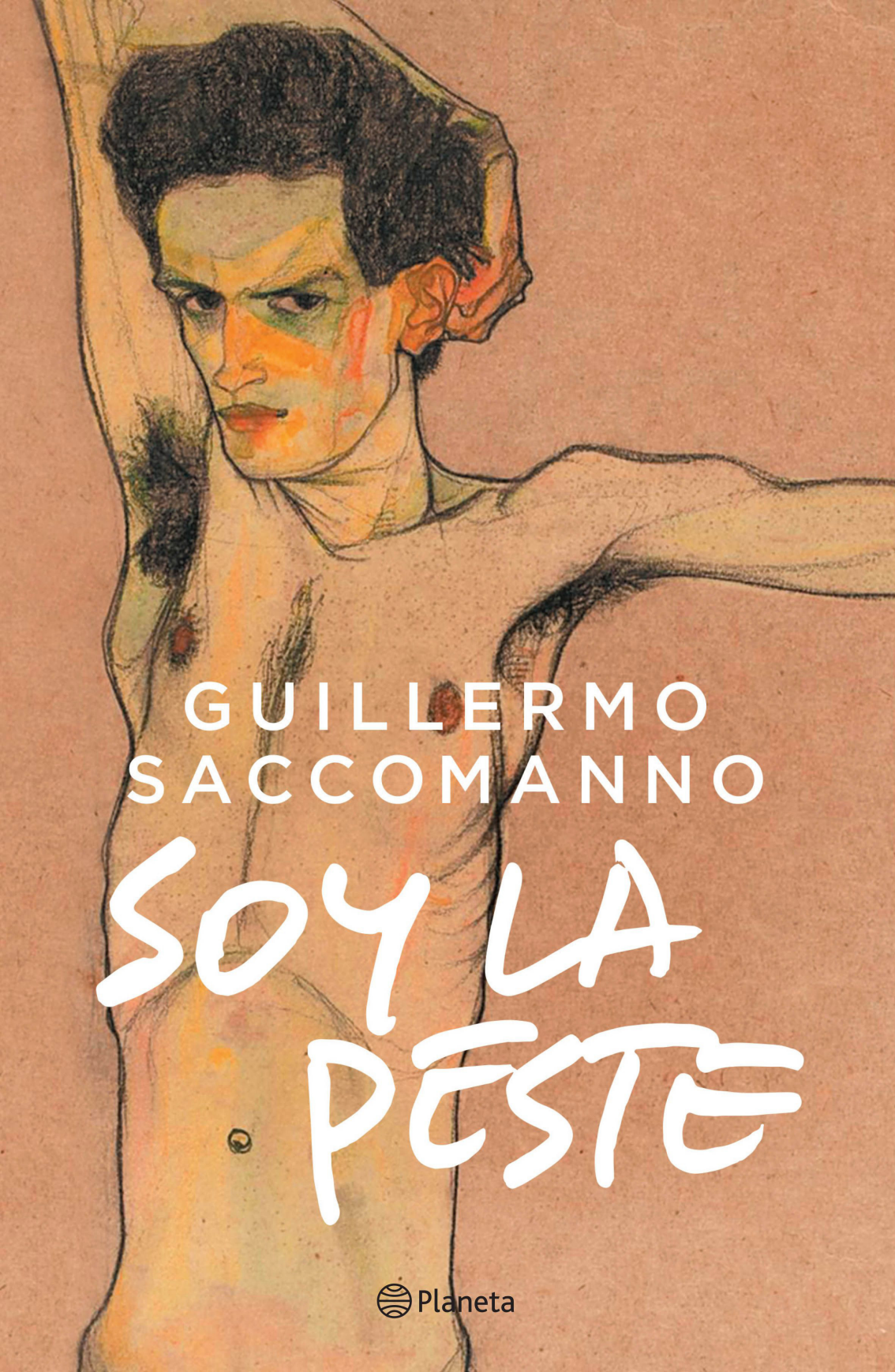




GUILLERMO
SACCOMANNO

SOY LA
PESTE

GUILLERMO SACCOMANNO

SOY LA PESTE

1

Estaba empezando el invierno de mis dieciséis años y se venía la nieve cuando el mal atacó el quilombo. A mis seres queridos los sitió primero en sus cuerpos y después acorraló a cada uno en su pieza, y yo, el enfermero, los liberé de sí mismos ahorrándoles una agonía miserable. Mis padres, dos infelices que se amasijaban en cada gresca. Mi hermanito, el espástico, siempre cagado, que no paraba de berrear. La abuela loca, la fundadora del negocio, con sus delirios de princesa rusa, que dormía encerrada en el fondo del quilombo. Y mi tío, macró jubilado, que ocupaba sus días postreros de fiaca haciendo solitarios en el galponcito junto al gallinero. Las piezas se vaciaron, las pupilas que fueron quedando eran veteranas enjutas y cada tanto había que arrastrar el cadáver de

un cliente a la calle. Al final las chichis se rajaron y desbarrancamos en la miseria.

La noche del mal apagaba el mundo. Te atacaba cuando menos lo esperabas. El exterior se había vuelto riesgoso y no sólo por el contagio, la propagación misteriosa que se reproducía incesante. Pero estar encanutado con tu familia daba más miedo que el afuera. Nadie quería crepar adentro. Mejor afuera, boca arriba, mirando el cielo. En la descripción de los síntomas se destacaba la confusión entre pasado, presente y futuro. Las víctimas no tenían puta idea dónde se encontraban. Se les entreveraban los recuerdos propios y los ajenos con alucinaciones de un porvenir ilusorio. No sabías en qué mundo de mierda vivías. Me puse la campera. Tenía que picármelas, cuanto antes mejor.

Aun fundido, en decadencia, el quilombo había sido propiciador del contagio. Pero no daba para el bajón, me dije. Ahora se me abrían las puertas de una existencia intrépida. Buscaría el mar. Soñaba con el mar. Me habían dicho que volver a verlo era siempre verlo por primera vez. Pero yo nunca lo había visto. Me daba cuenta del infantilismo de mis fantasías di-

sociadas por completo de la realidad. Podía adjudicarle estas fantasías descarriladas a la enfermedad, la confusión de tiempo y espacio, estas visiones. Dónde me encontraba, vacilé. Caminé de una pieza a otra a ver si me olvidaba algo importante, un detalle inculminatorio. Pero a quién podía importarle un crimen familiar en estos días donde la muerte devastaba igualando a todos los mortales. Los vidrios empañados. La atmósfera de los perfumes baratos. Había quedado solo. Sentí que era observado. Me di vuelta. El bicho entre reptil y plumífero, un basilisco, me clavaba su mirada letal. Tuve que pestañear para volver en mí.

El dormitorio de mis padres en penumbra. Revisé el ropero, la cómoda, el colchón. Encontré un secreter donde mi madre guardaba sus ahorros. Chirolas extranjeras y billetes vencidos. No me quedaba otra alternativa que recurrir a mi talento. Busqué frula, pero no quedaba. Los finados se la habían tomado toda. Determiné ingeniármelas para seguir con el destino que, a mi entender, recién empezaba. Nadie piensa que el destino es el jodido ahora. Y yo quería torcerlo y ya. Caminé hacia el patio, la luz del día. Y fui tendiendo sus cuerpos sobre las baldosas. Ahora caía agua nieve.

Los fiambres se apilaban en las esquinas. Cargué los míos en una carretilla y encaré hacia el parque donde se quemaban los cuerpos. Dos veces debí repetir el trayecto. En la primera llevé a mis padres y mi hermanito. En la segunda, la abuela y el tío. Un tipo con tapado de piel, que andá a saber de dónde lo había rascado, se encargaba de rociar la montaña con kerosene. Se conmovió al ver a quiénes traía en la carretilla. Buenos vecinos, dijo. Yo la quería mucho, dijo al ver a mi madre. Pobre santa, qué buena estaba. Lo debo haber impresionado con mi cara de asco, que se parecía a una de dolor. No podés volver a tu casa, me dijo. Te vas a apestar, si ya no estás. Mejor prendele fuego. Ni me preguntó cómo habían fallecido los desgraciados. No hacía falta. Dame una mano, pibe, me pidió. La parca no me da tregua, se quejó, y además con esta humedad la columna me tiene a mal traer. Se agarró la espalda. Los cuerpos pesaban. El tipo les pasaba las manos debajo de los brazos y yo los agarraba de los tobillos. Después los acercábamos al fuego. Los hamacábamos. A la una, a las dos, a las tres. No fue fácil. Hasta el espástico era pesado. Lanzamos a los míos a la fogata. Me quedé mirándolos. No para simular un pésame sino para cerciorarme de que el fuego iba a terminar mi trabajo. El viento bandeaba los primeros copos.

En la vidriera de un negocio de electrodomésticos una tele mostraba los estragos en Asia. Ningún continente estaba a salvo. Las estadísticas eran una rutina que ya nadie atendía. Podías morir lo mismo en Tierra del Fuego que en la Ruta de la Seda. El esquimal más solitario del planeta acababa igual que el narco siberiano más popular. La característica del mal era ser invisible. No te dabas cuenta hasta que te invadía. Primero una fiebre alta y después los trastornos espasmódicos que te perdían, pasabas un rato atontado y finalmente chau. Tal vez fuera una ventaja morirte en la catrera de un hospital de La Matanza imaginando que estabas agonizando en una clínica finoli en Oslo. Abundaban los naturalistas poseídos que sostenían que esta vez, por fin, había sucedido la revancha del planeta. Los animales, chochos. La fauna del mundo se aventuraba por las ciudades. Me pregunté qué haría si me cruzaba con un tigre. Por acá, lo más que se veía eran ratas. Vi subir unas cuantas de la boca de un subte. Antes de arriesgarme a bajar a los túneles debía preguntarme dónde ir y constatar si los trenes operaban.